

## Marcelino Menéndez y Pelayo

---

Menendez y Pelayo ha muerto. España está de duelo porque ha perdido al más grande de sus críticos, al reivindicador más eximio de sus glorias literarias y filológicas, al que con mayor empeño y mejor éxito inventariaba los tesoros enterrados en la literatura castellana y con España lo está el mundo entero, principalmente las naciones que como la nuestra, hablan y sienten, como habla y siente la grandiosa alma española.

Dando de mano al panegírico folletinista, impropio de una publicación literaria y científica, al propio tiempo que á la crítica minuciosa y de ciencia, superior á nuestras fuerzas, pongamos los ojos respetuosa y someramente en las obras del ilustre español, en la inteligencia de que no hay mayor alabanza ni mejor encomio para un escritor que hablar del valor real de sus trabajos, como no hay mayor elogio para un soldado, que la enumeración sencilla de sus combates y proezas. Inútil es dar aquí la biografía del gran crítico, cuando todos la conocemos y cuando está ya hecha por el que mejor podía hacerla, don Adolfo Bonilla de San Martín, autor de la renombrada obra: «Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento», mostrándose no indigno discípulo de tal maestro. Por lo demás, ¿quién no conoce á ese modesto y fogoso joven que cruza disputando los claustros de la Universidad con su Horacio apostillando debajo del brazo, llevando en el alma su culto á la erudición y su ansia hidrópica de beber en la fuente nunca exhausta del clasicismo helénico y romano, al par que su odio de raza á las nebulosidades transrenanas y á los melindres y afeités de vieja del enteco y bastardo clacisismo francés. Todo esto llevaba en su alma el joven universitario junto con una idea más grande y generosa que no se debe olvidar cuando se juzga



á este eminente patriota: la de rehabilitar á España filosófica, literaria é histórica, porque «rehabilitar á España es, escribe Mr. Boris de Tannenberg, uno de los pocos historiadores críticos franceses que nos han entendido, refutar los ataques injustos que ha padecido de parte de los enciclopedistas, de los historiadores protestantes y de los españoles que hacen en esto causa común con los peores enemigos de su patria».

Animado de esta grandiosa idea de la cual sacaba furezas como el Anteo de la fábula, no trepidó en poner hombres á empresa tan portentosa para un joven, como era la de estudiar minuciosamente la vida y escritos de todos los heterodoxos españoles y de los de más bulto extranjeros, hasta probar suficientemente que el Catolicismo no fué en España rémora ni estorbo si no factor principalísimo de toda cultura y progreso; pudiendo hacer suyas las palabras del precitado crítico francés: «elle (España) n'a compté dans le monde que tant qu'elle lui est restée fidèle» (1).

Fisiología, teología, Derecho civil y canónico, Historia eclesiástica y profana; Literatura latina, castellaná, francesa é italiana, todo se enlaza ó funde en esta obra, verdadero monumento levantado á la gloria de su patria y venero inagotable de erudición fresca y lozana; no adquirida de segunda mano sino propia, peculiar y como hecha carne, con la perspicacia, clarovidencia y profundidad que siempre le acompañaban, sin los alardes y manipuleos exóticos del que pretende aparentar una ciencia de que carece.

Y el que considera que esta obra se debe no á un anciano alertagado por el frío de las bibliotecas, sino á un joven, nifo casi, que llevaba «aún el polvo de las aulas sobre sus hombros», comprenderá el valor real que tal obra encierra. El fué el verdadero David, que arrojó valientemente la piedra para herir á muchos filisteos á quienes en aquel entonces se les respetaba, y como se

(1) L'Espagne Litteraire.

temía tener que habérselas con ellos solo porque los reflejos inciertos del romanticismo ó del naturalismo en literatura y la filosofía moderna les prestaba las dimensiones colosales de las figuras debidas al espejismo.

Esta obra bastante por si sola para ocupar la mitad de la vida de un hombre, es para Menéndez Pelayo como los primeros asaltos de una lucha, mientras el trabajo de investigación y de rebusco literario le ocupan en obras extraordinarias, como la «Revista de Archivos», Bibliotecas y Museos, que puede decirse suya; la edición académica de las obras de Lope de Vega, obra que asombrará al que sepa lo que en la historia literaria representa el Fénix de los ingenios y al que la lea, aunque no sea más que ligeramente, y vea cómo Menéndez Pelayo, siguiendo el encanto de su erudicción, en la que no halla rival, entra á escudriñar los orígenes de las piezas, los documentos en que se apoyan las historias que investiga, hasta probar, quizás sin quererlo, la frase de Aristóteles, que él había hecho suya: «Quod fit ut sapientius atque praestantius Poesis historia sit».

Y todo esto lo hace no en 10 ó 12 obras sino en 300 ó 400 que abrazan toda la historia de España desde sus orígenes hasta los tiempos del poeta.

Otra obra de grandes alientos es, á no dudarlo, «La Antología de líricos castellanos», obra en la que á modo de introducción publicára (dice el crítico) ligeras notas de los autores; introducción que se va alargando hasta que vestida la rica ánfora de su erudicción, el prólogo ocupa el tomo entero. Esta obra, es, en mi humilde sentir, de gran importancia en la historia de la literatura, no solo por el trabajo de bibliografía que importa, cuanto porque presenta de manera hermosa y científica la cadena áurea del lirismo castellano y porque al leerla aprendemos, cuán difícil es la adulteración de nuestra lírica, y cómo jamás se cegó esa fuente y cuán poco necesitamos mendigar de la lírica extranjera. Como trabajo de erudición es uno de los más importantes que tenemos y la única historia literaria que podemos decir completa, aunque no

se proponga tratar más que la lírica. En ella nos dá una idea acabada de los cancioneros y romanceros con su clasificación, procedencia y estado actual; hace un cuadro bastante completo de la poesía celtíbera y de la hispano-latina de los poetas de fines del Imperio Romano; del visigodo y no contentándose con la lírica, nos habla de los poemas del tiempo viejo de la literatura extranjera y nacional anterior al Renacimiento. Pero donde despliega el manto riquísimo de su erudición es en los prólogos sobre el siglo XV, al trazar el cuadro de la poesía castellana desde Pedro López de Ayala hasta los tiempos de Garcilaso, ó en el tomo XI de los romances viejos, donde los clasifica y ordena descubriendo como buen sabueso, la pieza buena de la mala, el romance de vejez postiza del de legítima antigüedad y habiendo partes en esta obra donde cada línea presupone el estudio de varios libros de engorrosa y enrevesada lectura. Seguir paso á paso los escritos de este bibliófilo infatigable es punto menos que imposible, á menos que este artículo no se convierta en extensa monografía. La Ciencia española, Horacio en España, Orígenes de la novela, Los estudios de Crítica Literaria y Filosófica, Calderón y su teatro y las disertaciones ó prólogos sobre Heine, Shakespeare, Goethe, Schiller, Byrón, etc., y los notabilísimos sobre Torres Naharro y Tirso de Molina, amén de los estudios y traducciones de los principales poetas griegos y romanos y de los por él llamados apuntes sobre la literatura hispano americana el mejor estudio de historia literaria que tienen muchas repúblicas sud americanas; si á todos estos trabajos añadimos otros de menor cuantía y los demasiado prodigados prólogos y discursos, que son muchos de ellos verdaderas joyas, tales como el discurso leído en el acto de su recepción en la Academia y el profundísimo prólogo de las obras de Pereda, tendremos una expresión aproximada de la prolífica y admirable labor de este eminente y portentoso crítico.

Pero su obra maestra, la que constituye su verdadero timbre de gloria y que ha recorrido triunfalmente to-

dos los pueblos civilizados es su admirable y genial historia de las ideas estéticas en España, obra única en el mundo, si no se hace cuenta de las de escaso valor, comparada con ésta, del itálico Croce y los apuntes desparrramados é incompletos de algunos autores franceses ó alemanes. Un libro se necesitaría si quisiéramos analizar aunque ligeramente este trabajo, cuya posibilidad hubieran negado muchos si se les hubiera dicho que un hombre osaba acometer tamaña empresa. En ella Menéndez y Pelayo, al conjuro de su varita mágica, hace desfilar ante nuestros ojos extasiados, al par de las más eminentes figuras del clasicismo, las injustamente oscurecidas de los Isidoros é Ildefonsos, las de los filósofos árabes y judíos, de Raimundo de Sabaud, Ramón Lull y Ausías March, de los profundos teólogos escolásticos posteriores al Renacimiento, de los grandes preceptistas que se adelantaban á Lessing y los de los más eminentes poetas oradores ó críticos que estudiaron y entendieron con mayor ó menor fortuna el oscuro misterio de la belleza artística. A todo este conjunto de ingenios, Menéndez Pelayo, con la seguridad del vidente, lo estudia y aquilata no concretándose á los escritores españoles sino abarcando también los filósofos estéticos, griegos y latinos y dedicando dos tomos admirables por su ciencia á los escritores alemanes, franceses é italianos.

No es mi deseo en este breve estudio defender ó adjudicar (si en mi estuviese) la infalibilidad del ilustre crítico, hombre al cabo y por lo tanto «que dormitaba algunas veces», pero sus defectos son los claroscuros que dan realce al conjunto, las depresiones de las grandes montañas, hombre, en fin, cuyos extravíos ó errores no podrán confundirse con las aberraciones de los vulgares ó mediocres.

Dos son las culpas que más generalmente se le echan: su desordenada y algún tanto redundante erudición y su parcialidad por ciertos gustos ó corrientes literarias. Pero este segundo cargo poco vale, pues la carencia de afecto ó inclinación á una corriente literaria (si es que puede existir hombre alguno que no la posea) denota-

rían falta de seguridad en su gusto estético ó de penetración artística.

El primer cargo vale aun menos. ¿No constituyen las obras de Menéndez Pelayo un conjunto armónico para el que sepa la idea que lo animaba á levantar ese monumento á la gloria de España? y en cuanto á su erudición no podrá jamás decirse que era pedantesca, sino copiosísima y ¿es esto un defecto? ¿Culpa nadie al Niágara de que vuelque en el abismo el inmenso torbellino de sus aguas? Los tales defectos, si es que lo son, serán las sombras que acompañan á los cuerpos como haya luz, las formas que se unen necesariamente á la materia cuando esta se manifiesta, pues, dos son también en mi concepto las prerrogativas más principales que hacen de Menéndez Pelayo el rey de los críticos castellanos y uno de los mayores del mundo. Y son, á saber: la universalidad y profundidad de su erudición y la intensísima penetración estética, natural en parte en él, y en parte adquirida en las mejores fuentes del clasicismo, purificadas y como divinizadas por los destellos idealistas y ultraterrenos del Cristianismo. El, á su vez, como Chénier, expuso su doctrina artística cuando dijo en su magnífica epístola á Horacio:

«Helenos y Latinos agrupados  
Una sola familia, un pueblo solo,  
Por los lazos del arte y de la lengua  
Unidos formarán. Pero otra lumbre  
Antes encienda el ánimo del vate.

El vierta añejo vino en odres nuevos  
Y esa forma purísima, pagana,

Labre con mano y corazón cristianos».

Los frecuentes elogios tributados, por propios y extraños, á su asombrosa erudición, hacen que sea completamente inútil toda prueba al respecto; pero si oyese el cargo vulgar é insidioso de que Menéndez Pelayo no tenía más que una memoria prodigiosa; le repetiría las palabras

con que Valera refutaba esta falsa tacha, como sino importara altísima superioridad el poseerla. «Imposible es que alguien sea erudito, literato ó sabio sin buena memoria. Cualidad es esta que se requiere para cualquiera de dichos oficios ó profesiones; pero también se requiere buena voz para ser orador y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises.

Sin duda que el señor Menendez Pelayo tiene buena memoria, pero con su buena memoria se hubiera quedado sino poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su memoria vale». Después, añade: «Otros hay que tienen buena memoria, pero la de estos es como la urraca que roba de aquí y de acullá multitud de cosas inútiles y las amontona en desorden y para nada le sirven, y la memoria del señor Menendez Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, las más puras substancias del caliz de las flores y ordenando luego lo que ha tomado y prestándole no poco su generosa y natural condición, lo convierte en miel con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres y encera con cuyo resplandor los ilumina y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares». (1).

Menendez Pelayo, aunque español de pura cepa y, por lo tanto, ortodoxo á macha martillo, con sus tendencias aristotélicas ó tomistas en filosofía y su nunca paliado amor á las inmortales reliquias del mundo clásico, pertenece al orbe entero, por su estética comprensiva y magníficamente asentada en el «splendor veri» platónico y por su abundantísima y sin rival erudición que cual inmenso mar no encuentra límites ni barreras. Estas son las cualidades que hacen de él uno de los «dii majores» que en estética hayan existido jamás y que sobresalga entre sus coetáneos, al menos entre los que hablan la lengua de Castilla.

«Quantum lenta solent inter viburna cupressi» (1).

Loable y meritoria empresa sería extraer de los es-

---

(1) Obras completas.

(1) Egloga I v 26.

crítos de este gran hombre las líneas generales de su estética esparcida en sus obras, verdadera enciclopedia; no solo para su mejor inteligencia y aprovechamiento, sino para tener como en suma y compendio los conocimientos que posee nuestra actual generación. La estética, remate y como quita-esencia de la filosofía, no se presta como la historia al trabajo del hombre.

La investigación individual no tendrá nunca en estética el decisivo efecto que en la historia y así como en ésta, gracias á él, han pasado á la categoría de leyendas fantásticas ó de recursos preciosos para novelas, como los Horrores de la Inquisición y de otras «ejusdem furfuris», la tiranía política y religiosa de la casa de Austria y la barbarie inquisitorial perseguidora de talentos (suculenta bazofia para pseudo-heterodoxos); en estética una verdad, como no sea muy principal, fluctuará siempre y su aplicación será aún más incierta, pues es difícil deslindar los campos del gusto ó capricho de los de la verdadera belleza artística. Pero si las obras de crítica bastan para hacer la figura de Menendez Pelayo gigantesca, no limitemos los dominios del genio, de suyo vastísimos, asignando á este nuevo Tostado un solo campo de acción.

Sus obras poéticas tan traídas y llevadas por la crítica, no dejan de tener altísimo valor si se consideran las cualidades del poeta y no se entra á examinar con nimia escrupulosidad los pequeños lunares que tienen todos los llamados genios por el hecho de serlo. Creo injustísima la prevención con que algunos miran las tales obras, como si la lectura y el estudio de los grandes autores y de los escritores de otra índole en vez de pulir y aquilatar, destruyera y apocara el natural estro del poeta.

Hombres de la talla literaria de Leopoldo Alas y de Juan Valera ensalzaron y enaltecieron en sumo grado las poesías líricas de Menendez Pelayo y aún Valera al juzgarlas afirmaba que si su autor las escribiera con más detención y cuidado «influirían más y valdrían más en España que en Francia, Chenier y Foscolo en Italia.

Por lo pronto de lo que menos carecen es de inspiración» y tal es la verdad. Se podrá decir de sus poesías eróticas á Lidia y á Adlaya, etc., que son algo didácticas, pero ni aún en estas se podrá decir que su autor carece de verdadera inspiración y cálido sentimiento.

Si dos ó tres poesías bastan para dar eterno renombre de poeta. ¿Se podrá negar á Menendez Pelayo tan alto y merecido alardón? La valiente y hermosa epístola á sus amigos de Santander y su magnífica á Horacio, aunque algo recargada de erudición. ¿No son ambas verdaderas joyas de la lírica castellana? Pero en mi concepto la que es un dechado de sobria y elegante inspiración, de magestuoso y encumbrado vuelo lírico, aunque hay como siempre sus consonantes inoportunos y otras pequeñas máculas, es la oda á la Galerna del Sábado de Gloria, donde sobre el fondo oscuro de horrorosa tempestad sabe el poeta dar los toques geniales y esplendurosos que iluminan el alma con las alburas celestes precursoras de una eterna bienandanza. ¿Podrá nadie negar valor subidísimo á este cuadro:

¡Piedad Señor! Sienta tus iras solo  
Rota y hundida la soberbia quilla  
Que oro y baldón conduce á estas arenas  
O el ferrado vapor, en cuyas venas  
Corre savia de fuego. Allí la sangre  
De nuestra raza va: sobre estos montes  
Tendió la emigración sus negras alas:  
Llora la esposa en el helado lecho,  
Cabe el extinto hogar llora la madre,  
El campo desfallece sin cultura,  
Y en tórrida región nuestros mancebos  
Siega la muerte. ¡Qué más bien perezcan  
Ante las rocas del amado puerto  
Acariciados por maternas olas  
Do lleve el viento el son de las campanas  
De la torre natal á sus oídos!

¡Cuánta poesía encierran estos versos que no desdenarían hacerlos suyos los más grandes poetas del mundo!  
¡Como recuerda esta exclamación patética á aquella sublime de Virgilio

O terque qualerque beati  
Queis ante ora patrum, Trojoe sub moenibus altis  
Contigit oppetere! etc. (1) . . . . .

Pongamos fin á estas líneas que no me atrevo á llamar estudio, por lo encumbrado del asunto y la magnitud del personaje, que así poseía las ciencias históricas y literarias como las filosóficas y teológicas, convencidos, de que el que tiene en injusta saña ó pone reparos y distingos á los merecidos elogios tributados por el mundo entero, el estudio reposado y profundo de sus obras hará que el convencimiento entre en su espíritu ó no entrará jamás y que si el ser español ó tener las ideas que tan toble y dignamente defendía Marcelino Menendez y Pelayo es un estorbo, entiéndanse que más inteligencia y sobre todo más valentía, entereza y sinceridad de alma se necesita para luchar gloriosamente por los patrióticos y sanos anhelos que sustentaba y mantenía el eterno adorador de la belleza clásica y del sentimiento cristiano que para á adormecerse indolentemente en el campo incoloro de sus contrarios.

Leopoldo Carlos CASTIELLA.

---

(1) Eneida I v 94